

MARÍA SOLAR

La culpa

Traducido del gallego por Susana G. Ducrós



Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © María Solar, 2023.

Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria

© de la traducción: Susana G. Ducrós

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18945-56-4

Depósito legal: M. 1819-2023

Printed in Spain

*Para Jaime.
Tus ojos están en este libro.*

*Me debías mucho.
O debería decir, me lo debías todo.
Pero nunca me devolviste nada,
solo la caridad, como a quien mendiga.*

La herencia

La vieja puta maloliente

A las siete de la mañana el despertador se empeñó en destruir la perfección del sueño. La chillona sintonía arrancó a Manel del lado de Amanda y en su hueco de la cama dejó a Enric, el vecino del tercer piso. Hacía año y medio que Manel no estaba en su vida, esa era la terca realidad; como mucho, aparecía, igual que hoy, involuntariamente en algún sueño. Año y medio de duelo y, aun así, soñándolo cualquier noche traidora. El duelo por los vivos siempre es más duro que por los muertos. Será porque sabes que los muertos no dan la esperanza de volver. Aunque, siendo realistas, este vivo tampoco la daba.

La habitación estaba escasamente iluminada por la mortecina claridad de las farolas de la calle que se colaba por una rendija en el lateral de la persiana. En tiempos había sido luz blanca, pero hacía unos años que el concejal de turno había decidido cambiar las farolas de los barrios. Ahora el centro urbano brillaba blanco y los arrabales estaban teñidos por aquella luz extrañamente anaranjada, pero de menor consumo, que confería a los paseantes del barrio obrero una singular ictericia forzada. Amanda estiró la pierna para comprobar que Enric permanecía a su

lado. No sabía por qué le había dejado quedarse a dormir. Ella marcaba siempre esa línea, los acompañantes transitorios no se quedaban. Y solo quería acompañantes transitorios. Pero ya que estaba, y que su sueño había resistido al despertador como el mejor de los muertos, le pareció que no debía echarlo tan temprano. Lo dejó allí y se fue tan tranquila a trabajar.

A las ocho y media, en invierno, y con tres grados de temperatura, el banco estaba a punto de abrir. El personal dedicaba aquella media hora de paz a la pesada y tediosa burocracia diaria. No esperaban grandes multitudes a primera hora con aquel frío y se agradecía para avanzar por la habitual montaña anodina de papeles.

A las ocho y treinta y uno, la puerta de doble hoja automática se abrió y en el umbral aparecieron tres figuras. Una mujer mayor con dificultades para andar, apoyada en dos bastones y flanqueada a ambos lados por dos jóvenes de unos treinta y pico años, algo bruscas en sus modales. Nada más verlas, la oficina entró en tensión y todos iniciaron la maniobra del avestruz, consistente en bajar la cabeza cuanto era posible sobre los papeles en un claro mensaje de «yo estoy ocupadísimo, diríjase usted a otra mesa».

Antes de que las tres mujeres saliesen del radio de reconocimiento de la puerta y esta se cerrase, un golpe de viento del exterior aproximó a las narices de la primera línea de empleados bancarios el fétido olor que aquella anciana emanaba. Un olor tan rancio, viejo y fuerte que a Amanda le trajo inmediatamente a la mente el recuerdo de la planta de tratamiento de residuos que había visitado

hacía ya varios años. Allí descubrió una nueva dimensión del hedor, tan intenso que olía a ácido y se adhería a la ropa y a las vellosidades nasales de manera que permanecía allí durante horas, sin que nada pudiera hacerlo desaparecer. Nunca había visto a empleados que se ganaran tan bien su salario; de hecho, pensó que no había salario que pagase vivir entre aquel hedor pegajoso e indeleble. Y lo mismo pensaba sobre cómo se ganaban su herencia las dos sobrinas de la vieja señora Gondar, como gustaba ser llamada la pobre mujer.

Su visita semestral, aunque esperada, no resultaba menos desagradable. Cada seis meses, como un clavo, la señora Gondar hacía su entrada en la sucursal para poner al día los intereses de las cuentas a plazo fijo y, cuando tocaba, para regatear y discutir hasta el hartazgo las nuevas condiciones de renovación. Siempre acompañada por sus dos sobrinas, familia lejana pero interesada. Siempre con el mismo hedor nauseabundo que desprendía su cuerpo a orines y fluidos viejos fermentados. Era evidente, y ella lo sabía perfectamente, que no era preciso desplazarse a la oficina cada vez que vencían los depósitos a plazo. Así se lo habían explicado amablemente en mil ocasiones. Se renovaban automáticamente y los réditos se ingresaban escrupulosamente en la cuenta. Pero ella iba, incluso ahora que los intereses estaban por los suelos. Y cuando llegaba el momento negociaba décimas y centésimas como una leona con algún abrumado y lloroso empleado con la pituitaria colapsada que cedía en todo lo que podía, y más le daría si tuviese atribuciones con tal de deshacerse de su presencia.

Con el andar arrastrado de aquel cuerpo abandonado que pesaba demasiado, la mujer avanzó estudiando a los trabajadores hasta elegir a uno que ya conocía. Ellos, igual que las sobrinas, soportaban esa situación por dinero. Aquella mujer vestida como una indigente, con faldas y jerséis superpuestos hasta hacer difícil calcular los límites de su generosa gordura, había acumulado una auténtica fortuna, según la leyenda que circulaba, siendo puta.

—Cambiáis mucho de personal aquí. No me gusta nada —dijo a modo de saludo mientras se sentaba aparatosamente—. Un banco debe inspirar confianza y a mí no me inspira ninguna confianza que no dejéis de cambiar a la gente. ¿Qué hacéis con ellos? ¿Por qué los cambiáis tanto? ¿Es que saben demasiado?

Ignacio se reconoció como el elegido. Agobiado, se aflojó inconscientemente la corbata al mismo tiempo que percibía con nitidez toda la intensidad de aquel olor inmundado y los ojos se le llenaban de lágrimas debidas al esfuerzo de aguantar las arcadas.

—Muy buenos días, señora Gondar. Ya han pasado seis meses... Siéntense, por favor —se dirigió a las sobrinas—. Ahora mismo les acerco otra silla.

La cogió de la mesa de al lado, donde Amanda asistía a la escena como espectadora.

—Me llevo esta silla un momento, Amanda.

Cuando giró cargado con ella tenía detrás a la vieja, que se había puesto en pie con extraña agilidad, sin utilizar los bastones. Se la encontró parada frente a la mesa de Amanda.

—¿Eres nueva?

—Sí —contestó Amanda—, pero ya estaba la última vez que usted vino.

La vieja la observaba sorprendida, manteniendo la mirada. Revisándola sin reparos de arriba abajo como solo los años permiten escrutar a la gente. Pareció quedarse algo aturdida, pero se recuperó.

—Te pareces mucho a una mujer que conocí —sonó afectada, con voz débil, muy distinta a la dureza y hasta el desagrado con el que los trataba siempre—. Te pareces mucho. Acabas de recordarme a ella. —Se dejó caer pesadamente en la silla que Ignacio había colocado justo detrás de su trasero—. Es asombroso, ni que fueras su hija. Dicen que todos tenemos un doble, un doble perfecto —repitió casi inaudible—. Un calco natural. No lo puedo creer, eres igual que ella.

Y se sentó allí mismo para que Amanda la atendiese.

La llamada

Ella no había pedido nada, no podía ni sospecharlo. Estaba impresionada. Ni siquiera acertaba a decir que contenta. No era esa la sensación. Era de estupefacción y de asombro. La señora Gondar, la puta rica que vivía en la miseria, le había dejado todo. Todo. Heredera universal. Aún no sabía la magnitud que podía suponer, pero solo en su banco, en imposiciones a plazo fijo, había veinticinco millones de euros. Amanda, con sus veintiocho años, sumaba en su cuenta corriente unos escasos diez mil euros y ya era una cierta fortuna para una joven de su edad. ¿Cómo podía una puta haber reunido tanto dinero? ¿Y cómo podía alguien con tanto dinero vivir en la miseria? No era capaz de atar los cabos. En el fondo, nada de aquello le parecía real.

Por la mañana había recibido la llamada de Alberto Seoane, uno de los trabajadores de la notaría de Hixinio Ruiz, con la que el banco trabajaba habitualmente, para advertirla *off the record*. No era un hombre amable, ni hablador, ni por supuesto era amigo suyo, así que fue una conversación extraña: «Mira, Amanda, yo esta llamada nunca la he hecho, pero que sepas que la vieja Gondar ha

muerto, y vino hace dos semanas por aquí a cambiar sus últimas voluntades para hacerte heredera universal».

No sabía por qué la había avisado, podría no hacerlo y nadie la iba a informar nunca, pero aquel hombre con el que no tenía confianza la llamó. Tal vez porque era el golpe de suerte que todos deseábamos tener en la vida.

Amanda colgó el teléfono desconcertada y se quedó mirando la agenda que tenía ante sí repleta de apuntes bancarios. Vio a Ignacio, en la mesa de al lado, hablando con cara de estreñimiento con una mujer que parecía culparle personalmente de los problemas económicos mundiales y, por supuesto, de todos los suyos personales. Vio a Inma, la apoderada, con su gran escote, atracción de la oficina, y que se ocupaba de mantener bien bajo con continuos tirones de camisa que ya se habían convertido hacía décadas en un tic nervioso. Vio la cola de clientes serios, como todos los días, caras largas que parecían a la espera del proctólogo y que comenzaban a mirarla impacientes porque estaba libre y no daba vez. Llamó al siguiente, la herencia quedó para después, y después no se lo contó a nadie.

A mediodía salió a comer con Ignacio sujetando el paraguas en medio de un vendaval de agua que se colaba por debajo y que los empapó. Aquel día se notó poco habladora.

—Hoy no dices nada. Es raro en ti —advirtió su compañero, que siguió zampándose el menú del día de un bar cercano.

No era un hombre feo, aunque aquel insulso traje seguramente le quitaba atractivo. Un traje o es bueno o es un desastre. Si el tejido es de poliéster, si el color es demasiado fuerte, si le han salido brillos de plancharlo o ha perdido la raya, si se han marcado las rodilleras, si la tela no es buena, si el corte no está a la última, si lo abotonas mal o si simplemente no sabes llevarlo, entonces el traje se convierte en el atavío de carnaval que llevaba puesto Ignacio por varias de esas razones juntas. Y, además, porque había cogido aquella costumbre tan fea de aflojarse la corbata como agobiado. Eso parecía, un hombre agobiado con un traje barato. La suya era una vida estándar envidiable. Tenía un piso con una beneficiosa hipoteca de empleado, mujer funcionaria y dos hijos con actividades extraescolares por las tardes estudiadamente colocadas para conciliar horarios. Lucía unas marcadas y oscuras ojeras que cada cliente coñazo pintaba un poquito más con su dedo índice manchado en carboncillo restregándose por la cara, pero era capaz de sonreír en la comida, no hablar de temas del banco y ser una persona extremadamente preocupada por todos sus clientes. Los coñazos que le marcaban las ojeras incluidos.

Amanda pensó por un momento en contárselo, pero no lo hizo. Y no había una razón para no hacerlo, simplemente no le salió de dentro. Joder, era la heredera universal de la vieja puta millonaria con la que solamente había hablado una vez. ¿De qué manera se puede contar eso?

Regresaron al banco, donde estuvieron toda la tarde. Con la puerta cerrada a los clientes era cuando más se tra-

bajaba para mover todo aquel papeleo de burocracia e informes que por la mañana no había manera de sacarse de encima. La oficina parecía un santuario, cada uno se ocupaba de lo suyo en sus puestos poco íntimos desde la última remodelación, cuando alguna lumbrera había decidido en un despacho de una carísima empresa de diseño que eliminar tabiques entre empleados daba amplitud y creaba un ambiente de transparencia. ¡Ya! Así se lo debieron de vender a los directivos que nunca habían trabajado en una sucursal. Desde que no había tabiques los clientes miraban desconfiados a los clientes de al lado y hablaban en voz baja, incomodados por la falta de intimidad. En el dinero, como en el sexo, las cosas no siempre son lo que parecen, y las apariencias engañan. Así, los empleados aprendieron a afinar el oído y a contestar también con el mismo tono discreto para que no se sintiesen agredidos en su imprescindible intimidad bancaria. Y por eso por las tardes, incluso sin clientes, cada uno tenía sus conversaciones telefónicas con los servicios jurídicos, con las empresas y particulares, con los servicios centrales o con quien fuese, en voz baja. Ya se habían acostumbrado a mantener ese volumen incluso sin los clientes. El banco murmuraba a todas horas como un templo.

Amanda marcó un número.

—¡Rocío, hola! ¿Puedes hablar?

—¡Hasta las pelotas estoy! Hoy no salgo hasta las nueve por lo menos. No hay Dios que aguante a esta gente, ¡qué incompetencia! Todo hecho a última hora. Avisan tarde, mal y a rastras. ¿Y quién las paga echando mil horas? ¡Yo, claro! La imbécil de Rocío.

—Llamo en mal momento, ya hablaremos.

—No, mujer, cuenta, cuenta.

—Es para hacerte una consulta...

—Es que me toca las pelotas la incompetencia. Podríamos salir todos a una hora decente si no fuera por estos vagos.

—No es buen momento. Ya hablaremos, de verdad...

—Que no, que no... Cuenta tranquila. Así me distraes de esta panda de iletrados.

—Quería hacerte una consulta jurídica. No es del banco. Bueno, es de una clienta, pero no para el banco. Es particular, para ella.

—Dime.

—Es una mujer a la que una persona ha nombrado como heredera universal y no son familia, pero esa persona tiene familia. Y vaya, no sé si eso... puede ser.

—¿Si puedes desheredar a la familia para dejárselo a uno de fuera?

—Sí.

—¿De qué grado de parentesco hablamos?

—De sobrinas.

—¡Ah, sí, mujer! Eso está a la orden del día. La tía soltera que lo deja todo a la beneficencia o a quien la cuida. Dile que sí —zanjó la conversación con intención de colgar y seguir con el lío del bufete.

—¿Y ella ahora qué tiene que hacer?

—A ver, nosotros estamos especializados en Derecho Mercantil, Amanda, de esto no sé mucho, pero si lo necesitas te lo consulto, tengo una colega experta en Derecho de Sucesiones. Yo entiendo que puede pedir las últi-

mas voluntades de la fallecida como parte afectada y luego reclamar lo suyo. Le tardará unas semanas. ¡Ay, quién tuviera esa suerte, coño! Tener una herencia para retirarse, le iban a dar mucho por el culo al Derecho. Me marchaba al Caribe. A lo mejor es lo que tenemos que hacer, buscar una vieja millonaria para cuidarla —se rio— y que nos saque de trabajar. Nada de un marido rico para aguantarlo, una vieja para heredar.

Amanda no respondió a la broma. Escuchaba un tanto ida. Le costaba asimilar.

—¿Y la familia?

—La familia puede impugnar el testamento... Y patallar y cagarse en la vieja y joderse —se rio de nuevo—. ¡Venga, tía!, te dejo, que estoy a tope con un tema para mañana en los juzgados. Llámame para tomar un vino un día de estos.

—Te llamaré, Rocío. Gra... —se dio cuenta de que había colgado— ... cías —terminó la frase ya sin interlocutora.

Ella también colgó y miró alrededor a ver si alguien había escuchado. Ignacio estaba al teléfono suficientemente concentrado en lo suyo como para oír. Inma intentaba rodear con una goma un puñado demasiado gordo de folios hasta que la goma reventó y le propinó un latigazo en los dedos.

—¡Hostia!

Ella tampoco había prestado atención. Y la propia Amanda no estaba muy segura de lo que había escuchado.